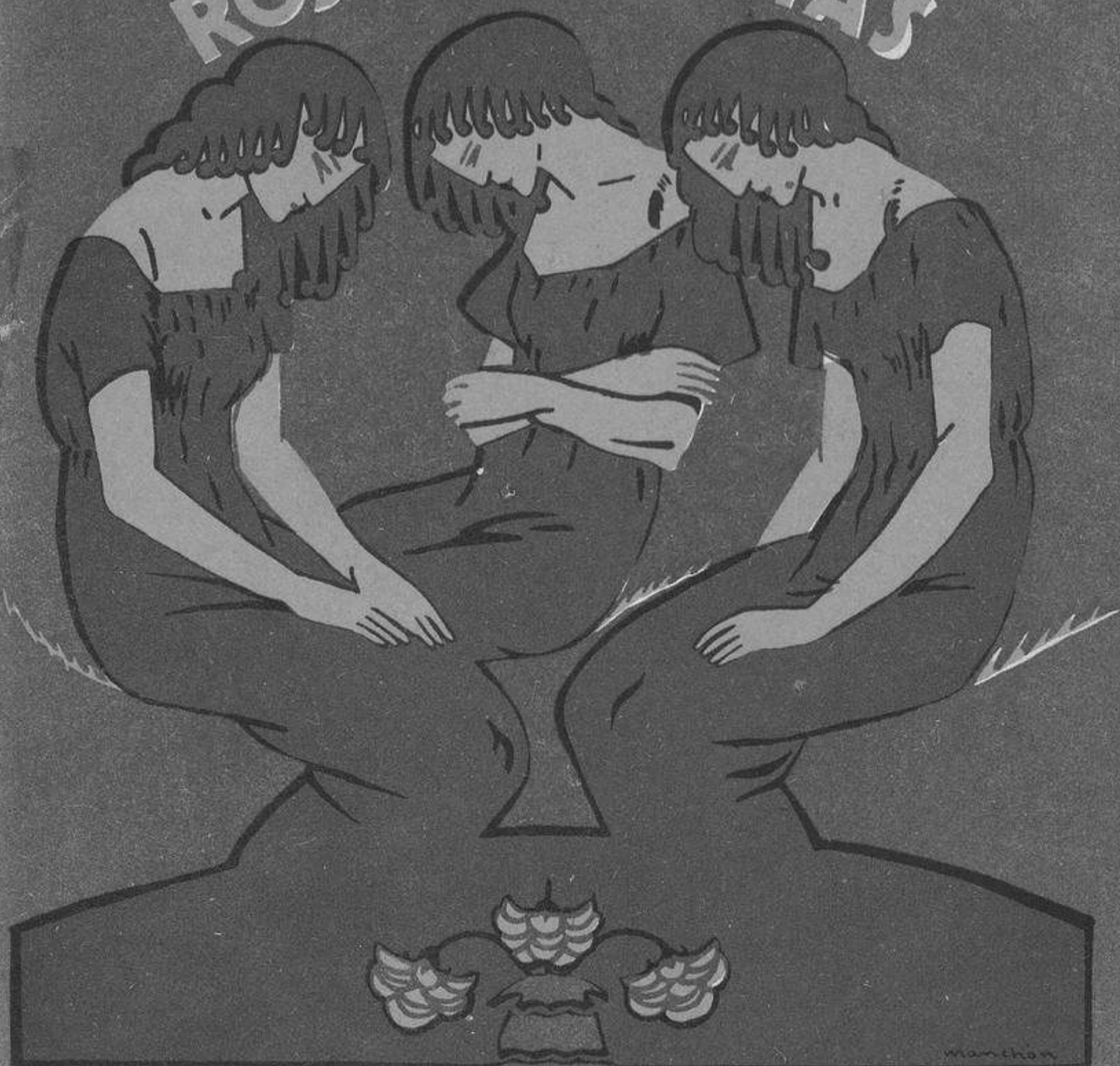


# LA NOVELA SEMANAL

G. MARTINEZ  TERRA

## ROSAS MUSTIAS



30 cts.

manchon

Gobierno de  La Rioja  
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



**\*10000329731\***

T 293655 X R 3110

# LA NOVELA SEMANAL

AÑO V

4 JULIO DE 1925

NÚM. 208

G. MARTÍNEZ SIERRA

# Rosas mustias

NOVELA

NO SE PRESTA



Gobierno  
de La Rioja

Educación, Cultura y  
Deporte

Dirección General de  
Cultura

PUBLICACIONES

PRENSA GRÁFICA

MADRID

R. 194.950



## GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

*Rosas mustias es la segunda novela que Gregorio Martínez Sierra publica en nuestra colección. La primera fué aquella admirable Cada uno y su vida, que obtuvo del público la entusiasta acogida que era de esperar, porque el nombre del creador de Canción de cuna es siempre una sólida garantía de belleza y de emoción.*

*La personalidad literaria de Martínez Sierra es compleja y amplia. Sus libros, de direcciones tan diversas, y al mismo tiempo unidos todos por una misma afirmación de pureza y de ideal, le han labrado un gran prestigio. Cuentista, novelista, poeta y dramaturgo, ha puesto en todas sus páginas el mismo fervor romántico, la misma viva sensibilidad.*

*En labios de todos están sus obras teatrales: aquella Primavera en otoño, y aquella Madame Pepita, y aquella Canción de cuna, donde una ráfaga de amor humano agita las pálidas rosas del místico amor.*

*Recordemos, de entre sus novelas, Sol de la tarde, El amor catedrático, Aventura. Entre sus obras de comentarios líricos en prosa, de buenos ensayos sobre el arte, sobre el amor y sobre la vida, recordemos La tristeza del Quijote y La vida inquieta, los dos admirables libros...*

*Y como un sentido libro de versos, evoquemos La casa de la primavera, aquel recinto espiritual, sencillo y soleado, donde arden, como lámparas de fe y de amor, el culto y la emoción de la mujer, del hogar, de las ciudades, del alma y de las horas...*

*Y en todo lo creado—en las escenas del drama ó en los personajes de la novela, en el ritmo hondo de los versos ó en las páginas sutiles de ensayo—, Martínez Sierra es siempre el artista por temperamento, señor de la prosa y de la emoción, brujo artífice de almas y de sentimientos. Hay en toda su obra una viva y una sutilísima sensibilidad, llena de matices, y un profundo conocimiento y un ardiente culto del alma de la mujer. Por eso las mujeres tienen en Martínez Sierra uno de sus escritores preferidos. El, con el dardo agudo de su inteligencia, de su sensibilidad y de su estilo, sabe ahondar exquisitamente en el espíritu femenino y poner al descubierto toda la insuperable riqueza y toda la prodigiosa gama de sus matices y sus cambiantes...*

*Rosas mustias, la novela que hoy aparece en nuestra colección, es una admirable creación del autor de Mamá. Poema henchido de una infinita ternura, de una dulce y honda melancolía, de una emoción que surge como el olvidado perfume de un pomo, Rosas mustias tiene ese fervor lírico, esa riqueza de sentimiento y de expresión que caracterizan al gran artista. Las tres figuras de mujer que hay en la novela, con su dolor escondido entre rasgueos de guitarra, cabecear de palmera y fragancia de magnolia, tienen un relieve y una tristeza dibujados con trazo magistral. Las tres figuras de mujer se adentran, con aquel drama hondo y silencioso, en nuestro espíritu, dominándolo, sugestionándolo... Esa poesía eterna de la esperanza constante, del sueño que no florece en rosas de amor y de vida, de las horas monótonas, cruza melancólicamente por las páginas de esta novela. En*

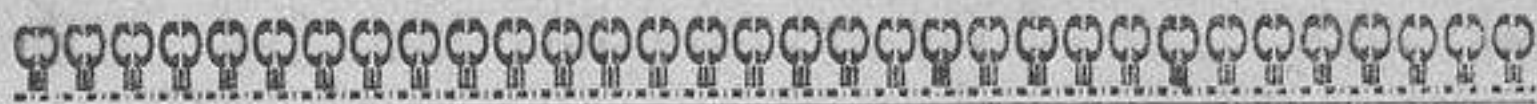
Rosas mustias *tres mujeres* esperan siempre, soñando, cosiendo, bordando... Renuevan el poema eterno de la espera desesperanzada, y ante ellas tres—Sofía, Gertrudis, Laura—nosotros evocamos aquellos deliciosos versos del mismo Martínez Sierra:

«... *Es triste ser mujer, ¿verdad, chiquillo?*  
*Sentir tanta impaciencia*  
*como el hombre que más por la aventura,*  
*y el amor, y la guerra*  
*del pensamiento contra el pensamiento,*  
*y tenerse que estar la vida entera*  
*sentadita á la orilla del camino,*  
*engañando las horas con la rueca,*  
*esperando á que pase el caballero*  
*que viene de vencer á la quimera*  
*y busca el premio de unos dulces ojos...*  
*¿Y si no pasa? ¿Y si la primavera*  
*se va, y nacen arrugas en la frente*  
*sin que la vida cumpla su su promesa?...»*









# ROSAS MUSTIAS

**L**A casa es pequeña, aunque de dos pisos. La puerta y la ventana de su piso bajo, los dos balcones de su principal, dan á la silenciosa plaza de las Monjas. Por detrás, la casa tiene un jardín, pequeño como un corazón, fragante como un sueño, secreto como una ilusión..., casi como un pecado. En el jardín hay una palmera, alta, porque en busca de aire ha estirado el tronco, salvando la prisión de las altas tapias; hay una magnolia pomposa y demasiado grande para el diminuto jardín; hay dos naranjos y un limonero; hay un jazmín, una mata de sándalo, otra de salvia, otra de hierba-luisa y dos de romero; hay una fuente con pilón revestido de azulejos. En el pilón, seis peces, y en el pretil, tres tientos de albahaca, cuatro de deformes y espino-

sos cactus, dos de menudas colas de raton... Hay un rosal de pitiminí, que trepa por la pared de la casa y engalana una reja; hay una madre selva que sube por la tapia, se amontona en su lomo ntejado y se asoma á mirar al callejón.

Hay, sobre todo esto, un palio de terciopelo azul celeste por el día—el sol le pone fondo de tisú de oro—, de terciopelo azul turquí, recamado de estrellas, por la noche...; de nácar, cuando hay luna. Cuando llueve... En la luminosa ciudad levantina llueve tan poco, ¡ojalá lloviera!, que no vale la pena de hablar de cielo gris. El sol es, en Levante, el protagonista, el tirano, la gloria y el tormento; inunda el cielo, inflama el aire, caldea las palmeras, siembra el azul del mar de espigas de oro y le borda con chispas de diamante. No hay cielo gris, no hay nubes...; excepto las de polvo, que se levantan de la tierra abrasada. Si el sol es el protagonista de la comedia levantina, el polvo es el traidor de su tragedia; traidor omnipresente, penetrante, asfixiante, enturbia el aire, empaña en gris el verdor de las palmas, convierte los caminos en sucias torrenteras, cuelga en estalactitas de los zarzales, ahoga, inquieta, da comezón, predispone

á las intolerancias y á las violencias, miente ~~en~~ los horizontes, unas veces fingiendo—bruñido por el sol—polvo de oro, otras humo de fuego ó humedad de una niebla que no existen. Sol implacable, polvo engañoso, almas violentas y corazones embusteros. Las gentes levantinas deslumbran, queman, vibran y mienten como su polvo y como su sol.

Pero hay oasis... El jardín pequeño, entre las altas tapias, guardado por el toldo de la palmera de las furias del sol, limpio de polvo por la bruma del agua de la fuente, el aire verde, la penumbra quieta, la fresca fragancia de las magnolias, que huelen á limón..., el piar de los pájaros entre el ramaje tan pomposo, profuso y aterciopelado...

Es poco más de mediodía, pero en el jardín es una hora irreal, que no parece estar en la vuelta de la rueda del tiempo. Y además suena, junto con el murmullo del surtidor y el piar de los pájaros, el rasgueo en sordina de una guitarra. Canta ó llora en lento y prolongado prelude de trémulos arpegios. Luego, al sonar de la guitarra, se une una voz un poco apagada, un poco temblorosa, como asustada de sí misma, voz de mujer que canta:

¡Ay!

Volandito va la copla,  
pasa el río, pasa el mar...  
Volandito va la copla,  
¡no hay quien la quiera escuchar!

—¡Ya está fantaseando esa romántica!—suspira alguien que debe estar á la sombra de la magnolia.

—¡Ya!—responde al susurro un murmullo, que casi es suspiro.

Y la guitarra vuelve á rasguear, y la voz temblorosa canta de nuevo:

¡Ay!

Volandito va el querer,  
pasa el río, pasa el monte...  
Va á llamar á un corazón,  
¡el corazón no responde!

—¿De dónde sacará esas cantiñas?—dice el susurro.

—¡Vaya usted á saber!—suspira el murmullo.

Y la guitarra sigue rasgueando, y la voz can-

tora se alza, ya no trémula, sino vibrante de apasionamiento:

¡Ay, copla de mi querer!  
¿Por qué te echaste al camino?  
Como la noche era negra,  
¡te perdíste y me has perdido!

—¡Qué imaginación tiene esa criatura!—dice el susurro, en son de reproche, casi admirativo.

—¡Si hubiera sido hombre!—afirma el murmullo, lamentando, sin duda, posibilidades de perdida grandeza.

Sí; Sofía y Gertrudis, las dos hermanas de la cantora, piensan que si Laurita hubiera sido hombre, habría escalado, gracias á su volcánica imaginación, las más augustas cumbres de la poesía, y, por ende, las más enhiestas cimas de la gloria... ¡Qué gran poeta se ha perdido el mundo!

¡Ser mujer! Mala suerte en esta tierra mora, hecha para el varón! Silencio, encerramiento, penumbra de harén... ¡sin harén! Porque ese es el supremo refinamiento de la desdicha. A la cristiana levantina la encierra la costumbre casi tan herméticamente como guarda á su hermana mora

la ley del esposo, celoso de su amor... Y no hay esposo, no hay celos, no hay amor... ¡No hay amor! Mujer bonita, para el amor nacida..., ¡no hay amor! Hembra suave, para el amor guardada, ¡no hay amor! Ojos de terciopelo, manos de nácar, labios de guinda, marfil de la frente, rosas de las mejillas, ámbar del cuello, nieve de la garganta, ¡no hay amor! Copla con alas de la fantasía, la que cantas el amor esperado, ¡no hay amor! Copla con lágrimas del sentimiento, la que lloras el amor perdido, ¡no hay amor! No le cantes, que no le tendrás; no le llores, que no le has perdido..., ¡porque no le tuviste! Tal vez pasó una alegre mañana de Abril junto á tu puerta, pero ni llamó... ¡Estaba tan cerrada! Tal vez una abrasada tarde de Agosto sintió sed y desmayo junto á los nardos de tu reja, pero no se detuvo á pedir agua... ¡Estaba tan corrida la persiana! Tal vez una noche embrujada le desveló el aroma de la magnolia de tu jardín, y le acudió, fragante y delirante, el deseo de escalar la tapia que da al callejón... ¡Pero estaba tan alta!

Y, mujer bonita, encerrada en espera de amor, florecieron tus quince y aún tus veinte abriles,

y cuajaron deliciosamente tus veinticinco y aún tus treinta mayos, maduraron tentadoramente tus treinta y cinco, en un Agosto espléndido, vara florida de malva-real, apretado, perfumado, jugoso, embriagante racimo de moscatel... Llegaron los cuarenta... El tenue aroma de estas manzanas otoñales recuerdan vagamente el de aquellas rosas de Mayo...

Volandito va la copla...

Pasa el río, pasa el mar.

Volandito va la copla,

¡no hay quien la quiera escuchar!

—¡Calla, niña, no cantes así!—dice, después de suspirar, Sofía—. Es hora de siesta.

—Se van á figurar los vecinos que estamos locas—dice Gertrudis, y suspira después.

La cantora deja de cantar, pero también suspira, y aunque la voz calla, la guitarra sigue rasgueando quedo.

—¡Niña, esa guitarra!—susurra Sofía.

—¡Esa guitarra!...—murmura Gertrudis.

La guitarra deja oír un lamento ronco y malhumorado.

—¡Ay, hijas, cómo sois!—protesta la cantora.

Y guitarra en mano, dejando la penumbra de la palmera, á cuyo pie tañía y cantaba, viene á la sombra de la magnolia, á cuyo pie borda Sofía y hace encaje Gertrudis, Laurita, la hembra de imaginación exaltada, la que hubiera debido ser hombre para ser poeta, la *Niña*, como la llaman sus hermanas mayores.

La *Niña*, ¡ay de mí!, tiene treinta y cinco años. Es la *Niña*, porque Gertrudis «frisa» en los cuarenta y Sofía está, habiéndolos pasado, «más cerca de ellos que de los treinta y cinco». No son, en realidad, viejas ninguna de las tres hermanas. Hace medio siglo pudieran haberlo parecido y aún sido mujeres de su edad, como hace cuatro siglos era viejo un hombre de cuarenta y cinco, caduco el que llevaba medio siglo de peregrinación sobre la tierra; mas, prolongado el término medio de la vida y generalizado el catecismo de salud, la mujer hoy conserva su derecho á sentir, proclamar y gozar juventud casi en el mismo límite que el hombre. Los años no se cuentan mientras los ojos brillan y la boca ríe...

Mas éstas son conquistas de hembra ciudadana-



na. En la ciudad, la vida crea necesidades é intereses que acortan las horas y no las dejan marcar huellas en el espíritu; y el rostro, «espejo del alma», como dice el pueblo, olvida el marchitarse en la renovada inquietud del minuto que huye, de la entrevista que urge, de la obligación ó la diversión que se precipitan. En el jardín recóndito, las horas pasan lentas. La penumbra inmutable las aquieta y prolonga, el perfumado aliento de las flores las envenena, el rumor de la fuente las cuenta implacable..., tal vez las llora.

¡Han pasado tantas, tantas y tan iguales!

¡El tiempo se mide con reloj de arena!

¡En qué lejanía tan desoladoramente remota contempla Sofía su único ilusionado fantasma de amor! Fué ¿hace cuántos siglos? ¡Ella tenía diez y nueve gloriosas primaveras, y estrenó aquella noche un traje de baile color de rosa! Los salones del Casino ardían al fulgor de la luz eléctrica, recién instalada. Precisamente en honor de la innovación, se daba el baile. Todas las «fuerzas vivas» de la ciudad estaban invitadas á la fiesta. No podía faltar á ella la primogénita, recién puesta de largo, de don Rómulo

Arteaga, catedrático de Física, Química é Historia Natural en el Instituto.

En honor del Progreso—con mayúscula, como acostumbraba á escribir la palabra el señor catedrático—se hizo el sacrificio de encargarse, ¡á Madrid!, el traje de baile, y la niña vivió en aquella noche toda la ilusión de amor de su vida. ¡Estaba tan bonita, tan bonita, con su talle de avispa, su cola de dos metros, su complicado moño, su descote cuadrado, sus mangas cortas y sus guantes largos; estaba tan graciosa pisando menudito, entre el fru-frú de encajes y batistas que ahuecaban el raso de su falda, que el héroe de la fiesta, el ingeniero, venido no sé si de Madrid ó de Barcelona para instalar la luz, bailó con ella casi toda la noche, y, en un momento de vértigo galante—á ella le pareció embriaguez de amor—le dió un beso en la mano..., más bien en la muñeca... Estaban solos, después de un vals, en el balcón grande, el que da al gran paseo de palmeras á la orilla del mar, y ella, sin saber cómo, rendida por las arrulladoras palabras del galán, le había permitido que, despacito, como quien no hace nada, le quitase el guante... La llama del recuerdo aún enciende el rubor en sus mejillas.

¡Cuánto ha soñado con aquella noche! Tanto y tanto que, aunque bien segura de que fué realidad, la considera \*sueño...

El héroe se marchó sin despedirse, no volvió, no escribió. La noche, el vals, el beso en la muñeca; la niña bonita, el rumor leve y cómplice del mar y de las palmas habrán sido en su vida impresión fugaz, estrella que corre en noche de verano. Para la fascinada chiquilla provinciana, la estrella fugaz ha sido «su estrella». Y la música de aquel vals romántico, que precedió al beso, ha temblado, única, en la copla de su corazón. ¡Coplas, coplas! ¡Cuántas ha cantado! Porque en tiempos también ella, Sofía, la niña seria y sabia, la que había estudiado ¡hasta latín!, con asombro y escándalo de la timorata ciudad levantina, tuvo su fantasía y se permitió el lujo—como ahora Laura—de componer las coplas que cantaba quedito. Y ¡cuántas ha mandado, en pensamiento, á la desconocida región donde moraba el galán que olvidó ó que no pensó nunca en recordar! ¡Coplas menguadas! Volaron como pájaros y volvieron al nido rendidas y con las alas rotas. No habían encontrado al fugitivo. ¡El vuelo de una copla es tan corto y es el mundo tan grande!

Pasaron años, y la enamorada dejó de cantar. La última copla la compuso la noche en que cumplió los treinta y, al mirarse al espejo, descubrió una cana entre el azabache del cabello. La compuso llorando, y la fué á recitar secretamente—á cantarla ya no se atrevió, ni aún quedito, porque le dió vergüenza tener aún, con la nieve en las sienes, «la cabeza á pájaros»—al jardín, amparada en la sombra de la palma. Y decía así:

Tres coplas canté en la noche...

Una decía: «¡Te quiero!»

Otra decía: «¡Te llamo!»

Otra decía: «¡Te espero!»

Tres suspiros he de dar,  
que las coplas no sirvieron.  
Tres...—y una puñaladita,  
¡corazón aventurero!

¡Corazón aventurero! También el suyo lo hubiera sido, de haber nacido hombre. ¡Aventurero! Hizo bien en serlo el galán que pasó. No le guarda rencor la mujercita seria y recogida. El corazón, indudablemente, ha nacido para la

aventura. ¡Ay, si ella, en lugar de venir á este mundo con el don silencioso é inútil de componer coplas, hubiese tenido el don de cantarlas!.. ¡Una voz de oro, una garganta de ruiseñor! Y á correr mundo, á volar más lejos, muchísimo más lejos que sus pobres coplas, las «que no sirvieron»!...

Entonces, la estrella solitaria de su vida se hubiera desgranado en miriadas de mundos rutilantes. Cielo en noche de Agosto, su existencia, surcada por divinas luces errantes, hubiera ella embrujado, al pasar, los corazones, como aquél que pasó, fascinó el suyo, y hubiera ido dejando jirones de su música—como quedó aquel vals—prendidos para siempre en las almas de tantos que acaso la oyeran una sola vez... Y también ella, en la mañana fría, después del triunfo de una noche cálida, se hubiera alejado, sin despedirse y sin pararse á recoger, á enjugar, á escuchar, besos, llantos, suspiros, que á su paso quedarán... ¡Corazón aventurero! Desde la noche de la primera cana, deliberadamente, renunció el corazón á la aventura, y las manos de hadas ocuparon bordando la fantasía que antes volara en coplas...

Pero es de notar que, habiendo renunciado al vuelo del amor imposible, Sofía siempre borlabá pájaros con las alas abiertas.

Por eso, sin duda, esta tarde le duele el corazón, al escuchar el: «Volandito va la copla... Pasa el río, pasa el mar...» Y, un tanto desabrida, riñe á su hermana, cuando se acerca á ella, guitarra en mano.

—Niña, ¿por qué cantas esos desatinos?

—Verdad—dice Gertrudis—. Esos cantares tuyos no tienen ni pies ni cabeza.

—¡Pero tienen alas!—afirma Laurita.

—¡Esas son tonterías!—sentencia Gertrudis.

Y sentencia con toda sinceridad. A ella que no le vengán con desvaríos. Las cosas de este mundo son como son, y eso de que las coplas tengan alas, de que un cantar se aleje volandito, de que un querer se eche á volar también, pasando ríos y salvando montes, le parece sarta de bobadas absurdas é incoherentes, buenas para escritas en libros por hombres y cantadas por «cómicás» á la luz impura de las candilejas; pero incorrectas y hasta escandalosas para repetidas, en pleno mediodía, por mujeres como Dios manda.

Y, sin embargo, la ilusión única y fugaz de su vida ha sido un poeta.

Celebró la ciudad levantina, ¿quién lo recuerda ya?, unos Juegos Florales. Y vino á mantenerlos el sinsonte lírico, á la sazón de moda. Era el afortunado, además de poeta, todo un real mozo. Tenía ojos de terciopelo y negros rizos. En la corte de amor, Gertrudis, amiga de colegio de la Reina, tuvo un puesto de dama de honor. Y era incomparablemente más hermosa que la soberana elegida, según suele ocurrir, más por razón política que por belleza.

Entre un «Fe, Patria, Amor», declamado con voz altisonante, los ojos del poeta mantenedor, buen catador y no mal Tenorio, dijeron á Gertrudis: «¡Por fuero de hermosura, la Reina hubieras debido ser tú!»

Aunque ya el espejo se lo había dicho, el corazón de la chiquilla saltó de agradecido júbilo, al leer, confirmado en los ojos del hombre, el testimonio del cristal. Y comenzó el sueño...

Mujer hacendosa, paloma de hogar, Gertrudis soñó delicias positivas. Al mirar al poeta, al escuchar su voz, que tan cálidamente declamaba elevados y sutiles conceptos, veíase, no

musa, sino mujercita feliz, aderezando platos suculentos para el esposo, ordenando el armario de su ropa, planchando sus nítidas camisas, zurciendo con puntada invisible y artista sus calcetines... No le fingía su enamorado sueño declamando para ella versos y dulces prosas á la luz de la luna, ni rendido de amor á sus pies, sino sentado frente á ella á la mesa, cubierta de blanco mantel, rompiendo el pan, escanciando el agua, saboreando el bien dorado frito, el asado jugoso, la sopa caliente, la ensalada fresca.

¡La de fórmulas sabias que ella combinó, *inmente*, arrullada por la voz fervorosa del mantenedor, para enriquecer y sutilizar la conyugal repostería! ¡Aquel poeta hubiera sido el mejor comido, cosido y planchado de los mortales! Celos sentía la enamorada, no al presentir las musas que habían de dictarle madrigales, sino las maritornes que con manos groseras é incomprensivas habían de estirar el lienzo de su embozo y mullir los colchones de su cama.

Cuando el orador dijo: «¡He terminado!», al despertar Gertrudis bruscamente de su sueño de amor, tenía las mejillas rojo amapola... ¡Es tan



viva la lumbre del carbón! ¡En cuanto nos ca-  
semos, pondré hornillo de gas!

El poeta, como era su deber, se inclinó ante  
la Reina, pero miró de reojo á Gertrudis, y al  
contemplar el fuego de sus mejillas, que él cre-  
yó encendido por las llamas y chispas de su  
elocuencia, se atusó el bigote, con aire satisfe-  
cho. Ella respondió á su mirada tan larga, pro-  
funda y agradecidamente, que él se puso un poco  
pálido... ¡Momento inefable!

Pero el recuerdo más trastornador estaba en  
el sabor á piña y plátano del sorbete, que, en el  
*lunch* de honor, el amado hubiera debido ofre-  
cer á la Reina, y le ofreció á ella, merced á una  
ignorancia de la etiqueta y á un aturdimiento  
fingidos á todas luces.

—Señor mantenedor—había dicho Gertrudis,  
ruborizándose—, este sorbete no es para mí.  
Debe usted ofrecérselo á la Reina.

—Señora mía—había respondido el poeta—,  
¡no existen deberes donde el corazón manda!

Y con una sonrisa, flecha de Cupido, le ha-  
bía clavado la frase en el pecho.

Una semana pasó el mantenedor en la ciudad.  
Iba de fiesta en fiesta, siempre rendido oficial-

mente ante la Reina, siempre faltando levemente á la etiqueta, en honor de la «dama», y afirmando con miraditas tiernas el embeleso que le causara su hermosura. Porque si Sofía estuvo bonita en aquel baile «eléctrico», Gertrudis era realmente hermosa, á lo levantina, blanca, alta, erguida, firme, con tez de nardo y cabellos tan negros que, al sol, tenían reflejos de acero. Y sus ojos serenos, negros también, eran como insondables abismos prometedores de humilde, silencioso, abnegado y desbordante amor. Sí, el poeta hubiera sido, acaso, el más feliz de los mortales si hubiera contraído legítimas nupcias con la provincianita, pero... ¡estaba casado!

Ello se supo casi un año después de su marcha cuando Gertrudis, con tenaz esperanza, aún estaba aguardando la carta portadora de la declaración fervorosa que—ella lo había imaginado así—el poeta no se había atrevido á hacerle de palabra, tal vez por no faltar á la etiqueta.

Estaba casado... y ¡con quién, santo Cielo!... ¡Con su patrona! Provinciano y pobre, llegado á la Corte sin otro bagaje que sus lirismos y sus esperanzas, al hallarse en Madrid hambriento y roto, había sucumbido á la seducción imperiosa

de la dueña de la casa de huéspedes, hembra bigotuda y enérgica, madura es cierto, mas cocinera insuperable.

Los celos de Gertrudis habían sido zahoríes. Manos de maritornes, aunque las adornasen el oro del anillo nupcial que en ellas deslizara el poeta..., manos de maritornes rudas é incomprensivas mullían los colchones del amado... y, lo que es aún más triste, tenían legítimo derecho á enredarse en la seda excelsa de sus negros rizos... Gertrudis, al saberlo, aborreció de golpe el arte culinario, y cobró negro horror á la repostería. Desde entonces hacía encajes de malla y de bolillos.

\* \* \*

La novela, fugaz, lo mismo que la de sus hermanas mayores, de la *Niña*, tenía sabor más plebeyo y romanticismo—si vale el adjetivo—más realista.

Poco después de aquellos Juegos Florales, el señor catedrático había muerto. Imprevisor y generoso, como buen sabio, no había dejado á sus hijas otra herencia que un nombre respetado hasta fuera de España y la casita con el dimi-

nuto jardín. La pensión de orfandad era escasa. Las huérfanas, á quienes su buen nombre no permitía irse á ganar la vida en retribuídos menesteres—así se pensaba entonces en Levante—y á quienes el escaso caudal no consentía los gastos de elegancia necesarios á la «vida de sociedad», se encerraron con dignidad heroica en la casita y en el jardín. La sombra de la palma tendió sobre sus vidas trémulo sudario. Murió la madre á poco. Solas las tres doncellas, se estrecharon formando la unidad indivisible conocida á los ojos del mundo por «Las niñas de Arteaga»... Y començaron á pasar los días, todos iguales. Tan lentos, uno á uno, y sin embargo tan rápidos en la sucesión de años formados por su curso inmutable. ¡Con qué precipitada lentitud iban, día tras día, envejeciendo las niñas de Arteaga!

En la noche de uno de aquellos días—¿quién sabe cuál?—vivió Laurita «su hora». Era Agosto; era fiesta mayor, la fiesta de la Virgen. Había en el Ayuntamiento baile de sociedad. Había en la plaza baile popular, iluminación, quema de fuegos artificiales, traca... Todos los pueblos de la provincia, en carricohes y tartanas, habían

enviado á la ciudad lucidas representaciones de juventud danzante. Hasta en la plaza de las Monjas llegaban, apagados, pero tentadores, los ecos de la música y el olor de la pólvora...

Las niñas de Arteaga sentíanse obligadas, por tradición de «finura», á aborrecer el vulgar estruendo de los plebeyos regocijos.

—¡Ni en el jardín se puede estar esta noche!—había decretado Sofía, cuando rasgó el aire el primer cohete.

—Es verdad—había corroborado Gertrudis—; hasta aquí llega el detestable olor á aceite frito de las buñolerías.

—¡Qué vulgaridad!

—¡Qué ordinariéz!

—¡Más valdrá acostarse!

—¡Con tal de que nos deje dormir el ruido de la calle!

—Sí; porque esta noche los que han venido de los pueblos no duermen...

Otro cohete desgarró el aire, sube silbando en dorada espiral, estalla en lo más alto del cielo y se rompe en lluvia de estrellas multicolores... El jardín se ilumina en rojo, azul y verde...; la varilla de junco cae sobre la magnolia, se en-

gancha en el ramaje, despertando á los pájaros que en el árbol duermen, y luego se desploma con leve rumor suspirante á los pies de Sofía. Por el callejón pasan gentes que, alborotadamente, charlan y ríen. Suena una copla medio borracha que ensalza las delicias del hechizo de amor con claridad musulmana...

—¡Adentro, adentro!—clama, escandalizada, Sofía.

—¡Sí, sí, vamos á dormir, porque esto se está poniendo imposible!—corroboraba Gertrudis.

—Yo me quedo aquí un poco—dice Laurita, inesperadamente.

—¡Niña!—protesta Sofía.

—¿Qué vas á hacer tú sola en el jardín?—se asombra Gertrudis.

—¡No tengo sueño..., y dentro de casa se ahoga una de calor! Además, me gusta oír la música de lejos...

—¡Está bien, está bien!—dice Sofía con desaprobación.

—No te vayas á quedar dormida en el jardín—se inquieta Gertrudis con solicitud maternal—. Las noches de Agosto son muy traidoras, y luego hay un relente...

—No, no.

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

—¡Descansad!

Las hermanas mayores se retiran. La Niña se queda... Sí, las noches de Agosto son traidoras...; más que traidoras, brujas, cuando se acaban de cumplir veinte años...

Los jirones de música inquietan el aire; los cohetes desgarran su silencio; el olor á pólvora pone en la fragancia de la noche rebeldía desasegante... Hasta el olor canalla del aceite frito remueve quién sabe qué inconfesados posos en la sangre joven... ¡Cómo se estarán divirtiendo en la plaza las mozas que han venido de los pueblos!

¡Reir, bailar, dar vueltas á compás de la música violenta, del ritmo obsesionante marcado á martillazos por el cobre, mientras la melodía se pierde estrangulada entre el vértigo de la ruidosa plebe!...

La Niña, que acostumbra, como sus hermanas, á suspirar de melancolía, esta noche casi llora de rabia al sentirse, por señorita y pobre, privada de la bien educada voluptuosidad del bai-

le en los salones del Ayuntamiento, y de la desenfadada sensualidad del bai e en la plaza. «¡Madre de Dios, por qué las señoritas sin dinero no nacerán después de haber cumplido los cuarenta y cinco!., ¡Qué absurdo! ¡Estoy loca!... ¡Vamos á dormir!...»

—¡Qué hermosa noche hace! ¿Verdad, señorita?

—¿Quién?... ¡Ah! Es Carmina, la criadita...

En su pobreza digna, las Arteaga, á costa de más secretos sacrificios, se creen obligadas al decoro de una sirvienta, y han traído del pueblo á esta infeliz, poco más pobre que ellas.

Carmina tiene diez y ocho años, y tampoco se ha podido dormir, soñando en las delicias del baile callejero. Por lo cual, creyendo que ya las señoritas duermen, ha decidido escapar un instante á la plaza, abriendo á hurto la puertecilla del jardín que da al callejón. La inesperada presencia de Laurita la aturde y desconsuela; pero su despierto deseo, junto á su pícara condición, le han dado la salida, casi antes de que Laurita se haya percatado de su presencia.

—¡Qué hermosa noche hace! ¿Verdad, señorita?



—Creí que ya estabas dormida—dice Laura, sin responder directamente.

Tampoco Carmina responde. Se limita á afirmar, tentadora:

—¡Qué bien se oye la música desde aquí!

—¡Está tan quieto el aire!—explica Laura.

—Dicen—insinúa Carmina—que este año va á estar el baile animadísimo. Ha venido más gente que nunca de los pueblos, y además los marineros de ese barco inglés que naufragó la semana pasada...

—¡Lástima de buque!—suspira Laura.

—¡Tan grande!—admira Carmina, condescendiente.

—¡De la escuadra del Mediterráneo!—explica Laura tan gravemente, como si la aclaración fuera de capital importancia, ó añadiera grave peso de fatalidad á la tragedia del naufragio.

Carmina mira hacia la casa y sonrío:

—Ya se habrán dormido las señoritas mayores...

Laura no responde.

—¡Claro..., ellas ya..., como son tan formales!—comenta Carmela con filosofía.

—¿Cuántos años tienes?—pregunta Laura inesperadamente.

—¡Diez y ocho cumplidos, señorita, para servir á Dios y á usted!

—¡Dos menos que yo!—suspira Laura.

Un nuevo cohete rasga la noche, y éste sí que es precioso. Sube en espiral, como sierpe de oro; cabecea en lo alto, como si aturdido ó borracho buscase en el aire el camino perdido para subir al cielo; cansado, se desmaya, y, sin duda sintiéndose morir por la atracción fatal de la tierra, llora su vencimiento y su desdicha en lágrimas, nobles, es cierto—de oro—, la mayoría; mas mezcladas con unas cuantas rojas, verdes, azules, de ansiedad turbia, de ira, de destrozado ensueño..., y muere, y se apaga, silbándose á sí mismo...

Laurita se pasa la mano por la frente, en impaciente gesto de rebeldía.

—Señorita—insinúa con precaución Carmi-  
na—, ¿por qué no sale la señorita un rato y va á dar una vuelta por la plaza?

Laura la mira con extravío.

—Sí, señorita—insiste la pícara, hablando en tono indiferente, para quitar importancia á la

proposición—. ¡Ande la señorita!...; ir y volver...; sólo á ver lo que pasa... ¡Ande la señorita!... Yo la acompaño... Salimos por la puerta del callejón...; voy por la llave...; está en la cocina...; ni visto ni oído...; en seguida volvemos...; nadie se entera...; ¡ande la señorita!

Las últimas palabras las dice ya en tono de súplica. Su instinto maleante le dice que la señorita consentirá en la «falta» más fácilmente si mezcla á su deseo la compasión hacia el deseo ajeno.

—Pero... ¿así?—protesta Laura, mirándose de arriba abajo—. ¿Sin vestir?

Con inocencia hipócrita, quita gravedad al proyecto de escapatoria, fingiendo estar segura de que no tiene nada de particular, y de que lo único que la detiene es una baladí cuestión de indumentaria.

—¡Así, señorita, tal y como está usted!... ¡Con lo guapa que es la señorita!... Se pone usted unos nardos en el pelo y un mantoncillo mío... ¿Quiere la señorita?... Y parece la señorita una huertana de las que han venido...

—¡Mujer!—protesta Laura, oficialmente escandalizada.

—Sí, señorita... ¿Quién lo va á saber?... Los señores amigos de las señoritas están en el baile del Ayuntamiento, y nosotras nos vamos á la plaza, junto á los soportales, que es donde está obscuro...

—¡Tú estás loca!—sonríe Laura.

—¡Espere la señorita!—dice Carmina, sin aguardar más expícito asentimiento.

Y entra en la casa, precipitada y sigilosamente. Antes de que Laura haya podido reaccionar, ya está de vuelta con el mantoncillo.

Laura, casi automáticamente, ha cortado los nardos de una maceta y, con serenidad que á ella misma la espanta, se los prende en el pelo. Carmina le alarga el mantoncillo de crespón. Sin pronunciar palabra se le ciñe al talle. ¡Sí que es garbosa y guapa la huertanita! Y en silenciosa complicidad, abriendo y cerrando la puerta Carmina, con sigilo que bien á las claras demuestra la costumbre de la hazaña, salen al callejón, y en sus sombras se pierden.

La Plaza Mayor hierve. Tan apretada es la multitud, que no hay manera de abrirse paso. Dama y criada se quedan un instante á la orilla del que bien pudiera llamarse revuelto mar, un

poco temerosa Laura, un mucho regocijada Carmina.

Suena la música, destrenzándose, desgranándose, desgarrándose, desafinándose en el aire, y pone todos los nervios de punta. Gritan los mozos, chillan las mozas, suenan pipitañas, estallan cohetes... Pregonan alborotadamente sus mercancías limoneros, horchateros, buñoleros, dulceros:

«¡Horchata! ¡Limón! ¡Churros calentitos! ¡Ave-llanas! ¡Torraos! ¡Altramuces! ¡Mojama!...» Las oleadas de humanidad vienen á romperse en el soportal; le inundan, le desbordan; la marea sube, sube, sube... Laura se siente casi ahogada y da un grito: «¡Carmina!» Pero Carmina ha desaparecido. Se ha dejado tragar por la marea.

Laurita, sola, quisiera huir. Mas también está presa, sujeta por la sierpe de mil anillos. Y, de pronto, uno de ellos se concreta y estrecha y se la enrosca á la cintura... Un calor extraño la sobrecoge; una fuerza invencible y, sin embargo, suave la sujeta; una voz cálida le murmura muy cerca de la cara:

—¡Nina bonita!... Pretty, pretty girl..., bonita mucho..., espagnola graciosa... Bailar con

marinero inglés... ¡Mi gentleman..., gustar mi awfully!

Laurita—lo habría jurado—hubiera querido gritar, defenderse, soltarse del abrazo, huir...; pero no huye, y deja que los brazos del marinero inglés la estrechen con fervor de verdadero naufrago que se agarra á la tabla de salvación. No dice nada, aunque tanto hubiera debido decir y aun gritar. No dice nada: calla, otorga y baila; mejor dicho, se deja llevar, mecida como niño en su cuna, en el estrecho abrazo...

El marinero debe ser hombre limpio. Desde luego, es guapo, fornido, buen mozo, blanco como la leche, rubio como el oro... Y huele á una mezcla deliciosa de buen tabaco y agua de colonia.

Bailan, bailan á compás de la desafinada música... Hasta cuando calla la música siguen bailando. Al inglés le ha gustado la presa, y no parece tener intención de soltarla.

—¡Esto está mal, muy mal!—dice á gritos la remilgada y señoril conciencia de la niña de Arteaga—. Está muy mal...; pero ¡sabe tan bien! Debieras protestar, indignarte... Pero ¿quién protesta y cómo? El no sabe español, tú no sa-

bes inglés, y además ni te conoce ni le conoces... Por una vez, por una noche..., ¿quién lo va á saber?, como decía hace poco Carmina. ¿Quién lo va á saber? ¡Nadie, ni yo misma!... Mañana se me olvida... ¡Ay, Dios mío, qué gozo tan extraño y tan profundo sentirse irresponsable!

El marinero, á un tiempo, estrecha y suaviza el abrazo. A Laurita se le va la cabeza. Se mareará más que aquella vez en que, yendo de excursión en barca, al salir del puerto, se puso el mar rabioso...

Se mareará; pero no con aquel mareo repugnante é inquietante de náuseas y jaqueca. ¡No!, se mareará deleitosamente; pierde la cabeza como si hubiera bebido un vino hecho de espuma y de ilusión... Y navega, navega...

No está ya en la ciudad levantina; no está en la plaza bailando vulgarmente en la fiesta mayor... No huele el aire á aceite frito ni á plebeya pólvora... Va bogando por los mares de ensueño donde están las sirenas y donde naufragan los héroes en islas de coral...; donde Circe, la hechicera de amor, aguarda al sabio Ulises ó Calipso á Telémaco...; se mece en góndola por la verde laguna veneciana, y escucha el nostálgico sonar

de las serenatas...; va por el Nilo, en la barca imperial de Cleopatra... ¡Ay, el aroma del tabaco rubio, que evoca los trastornadores perfumes de Oriente!... La niña de Arteaga es, gracias á su abolengo intelectual, «leída y escribida», y todas sus lecturas y las visiones suscitadas por ellas vienen esta noche á rodearla, á dar escolta á su fugaz ventura, á hacer guardia de honor al amor que pasa... La noche, su noche, la única, sin mañana ni ayer; pero triunfante, vestida de todas las púrpuras, recamada de todos los oros, constelada por todos los diamantes de las más embusteras literaturas...

El cuerpo aquí, palpitando y vibrando en los brazos de este hombre desconocido, que ha venido de Dios sabe dónde, que han traído hasta ella, náufrago, las olas, y que una barca se volverá á llevar... y el espíritu lejos, entre cielo y tierra, en todas partes y en ninguna parte, en los reinos que nunca han existido, en los imperios que se han desmoronado, en las Atlántidas que se tragó la furia celosa de los mares... ¿Y el corazón?... El corazón palpita apresurado y amedrentado, lo mismo que el de un pajarillo preso. Se quiere romper, quiere rasgar la cárcel del pe-



cho y saltar, desnudo y sangriento, bajo la luz de las estrellas (tal vez de las multicolores chispas de los cohetes... ¿Qué más da?) Le están naciendo alas... y duelen al nacer, ¡con dolor tan agudo y taladrante!

Laurita se desmaya... Sólo un segundo, porque inmediatamente la despierta la brasa de un beso...

El marinero también se ha trastornado un poco... Sin duda el aroma de los nardos que ella lleva prendidos en el pelo... Y, sin duda también; se ha dado cuenta de que tiene en los brazos, no á una vulgar y ruda huertana, sino á mujer de mucho más sutil esencia é incomparablemente más alto abolengo; porque aunque la ha besado, acaso para hacerla volver en sí, y aunque la sostiene apasionadamente, haciendo de sus brazos baluarte para aislarla de la multitud, repite con caricia y ternura, en las cuales va un mucho de respeto, mirándola á los ojos, que cerró ella al desmayarse y que ahora entreabre con dulce desvarío:

—Little girl... Nice girl... pretty... bonita mucho!

Laura, al volver en sí, vuelve por completo.

La realidad la inunda, la conciencia reclama sus derechos desagradablemente... Con decidido esfuerzo, el que antes no fué capaz de hacer, se desprende de los robustos brazos del galán, y agachándose un poco, bajando la cabeza, rompe como ariete el hervidero humano que la aprisa, y huye..., huye tan aprisa, tan por instinto, tan ciegamente, que cuando se encuentra de nuevo en el jardín de su casa no sabe ni cuándo ni por dónde ha venido.

Mas el anheloso jadear de su pecho, los golpe-tazos que la sangre le da en las sienes, no le dejan duda de que ha venido más que corriendo.

Las fuerzas la abandonan al pasar el umbral de la puertecilla que, por precaución, al salir; dejaron sin cerrar; pero ¿qué importa? Ya está en su casa, y cual si de peligro de muerte escapara milagrosamente, se arrodilla, casi desplomándose, al pie de la magnolia... El cansancio la rinde... Se tiende en el suelo... ¿Se duerme? ¿Se desmaya?...

Ello es que Carmina, al volver casi de madrugada, se la encuentra caída al pie del árbol, con los ojos cerrados, pronunciando en su sueño ó su delirio palabras exaltadas é incoherentes.

—Bonita... mucho... Venecia... Circe... el Ni-  
lo... bonita mucho... inglés!

Carmina, asustada, no se atreve á llamar pi-  
diendo auxilio, por temor á descubrir la escapa-  
toria. Vela, hasta que amanece, el sueño ó el de-  
lirio de la Niña. Ya el sol en las altas ramas de  
la magnolia, viendo que no despierta, sube en  
busca de las señoritas mayores, y explica cómo,  
al levantarse y salir al jardín, ha encontrado á  
Laurita delirante...

—¡Ya lo decía yo!—suspira Sofía, mientras la  
desnudan y acuestan—. Se quedó dormida, y  
las noches de Agosto... Ya se sabe. El relente...

—El relente—corroborá Gertrudis—y el olor  
de las magnolias, que es venenoso, y la habrá  
trastornado...

—¿Qué dice?... ¿Ulises, Cleopatra..., Venecia?

—¡Dios mío! ¡Si está ardiendo de fiebre!

—¡Corre á buscar al médico, Carmina!

El doctor se siente un poco perplejo. Todos  
los síntomas que presenta la enferma, incluso  
el desgranar ininterrumpido de palabras inco-  
herentes, son de insolación... Pero ¿cómo ha  
podido producirse una insolación de noche en  
un jardín con luna? El pobre hombre, á pesar de

su ciencia, desde luego profunda, no puede adivinar que la Niña tiene metido en los sesos todo el sol de Italia, de Grecia y de Egipto. La ciencia médica no puede ni quiere ir más allá de las realidades... ¡y sin embargo!...

Tres semanas dura la insolación. Laurita está casi en peligro de muerte. Al volver á consciencia, una tibia y dulce mañana del mes de Septiembre, se sorprende de encontrarse en su cama.

—¿Se ha acabado ya el baile?—pregunta.

La convalecencia es larga y deliciosa. Las hermanas mayores la miman y le cuentan los delirios de los días de fiebre... Ella calla y sonríe dulcemente... Le entra un capricho extraño. Quiere aprender inglés y obliga á Sofía á desempolvar una vieja Gramática.

El primer día en que puede salir sola á la calle, compra en un estanco del puerto, muy lejos de la Plaza de las Monjas, un paquetito de tabaco rubio. Y rellenando con él una almohadilla primorosa, le esconde en el *sachet* de sus pañuelos.

\* \* \*

Estas tres fugitivas ilusiones de amor son todo el tesoro de las tres doncellas. Y le guar-

dan las tres, años y años, tan celosamente que ni unas á otras se le han confiado jamás.

¿Por rubor? ¡No, por cierto! Conservan ellas de sus «aventuras» recuerdo tan cálido y noble, que no confusión, sino más bien orgullo sienten al recordarlas. Han sido—para cada una de ellas—una hora exaltada, una incursión gloriosa á los reinos del sublimado amor, un triunfante paseo por los jardines plantados de laureles y adelfas por los cuales vagan, eternamente amadas y eternamente reinas, Laura, Francesca y Beatriz.

Sofía, pensando en su ingeniero, que la amó sin duda, y á quien el fiero empuje de la vida alejó sin piedad de su camino, ve en él al ciclope que juega con montañas, desvía torrentes, doma el rayo y subyuga el fuego, y bordando sus pájaros, se murmura á sí misma:

—¡No le tuve cerca más que una hora..., pero era un semidiós, y aunque nunca es bastante, ya es bastante!

Gertrudis, mientras trenza sus marañas de encaje, enreda en fantasía los rizos de ébano de su poeta, y se complace en imaginar bajo su frente todos los tormentos del genio aprisionado...

—¡Me amó, me amó con el amor más noble...; pero ya estaba preso en redes vulgares y plebeyas!... ¡Era leal, y por lo mismo que me amó de veras, no quiso engañarme!

Y si no pensaba: «¡Es un semidiós!», se decía á sí misma—: «¡Es un genio y un niño...; ¡un poeta! No tuve de él más que dulces miradas y sonrisas, y unas cuantas palabras que se han quedado en música de arpas y violines en el hueco mismo de mi corazón... Parece poca cosa, y, sin embargo..., aunque nunca es bastante..., ¡ya es bastante!»

¿Y Laurita? La más afortunada, porque la fantasía se hizo carne y el ensueño cristalizó en un beso..., porque la exaltación llegó al desmayo, porque tuvo los brazos del amor ceñidos al cuerpo, porque sintió contra su pecho el palpitante apresurado de un corazón de hombre, ¿cómo no había de sentirse exquisitamente privilegiada y desatinadamente elegida? Tan grande era su triunfo, que muchas veces quería dominar la sonrisa que le acudía con el recuerdo, porque sus hermanas no le adivinasen el secreto en la ilusión que al sonreír sin duda florecía en su boca...

—Le tuve una hora... Y no era semidiós, ni genio, ni poeta... ¡Era un hombre! Un hombre que junto á mí, mujer, tembló con el estremecimiento indudable, con el que no miente, con el que no engaña, con el que dice: «carne de mi carne» y fuego de mis venas.

Laurita es la más feliz, porque su aventura tiene sabor á pecado. Tan inocente es ella, que á días—cuando hay tormenta y el fulgor azufrado de los relámpagos hace pensar en el infierno—se siente casi condenada por no haberse acusado de su «culpa» ni ante la rejilla del confesionario... Y ella y sus hermanas, cuando callan y evocan, dicen cada una mirando á las otras: «¡Pobrecillas! ¡Qué juventud tan triste!... Sin amor, sin ternura... Yo, siquiera...; tengo «mi aventura». Pero ¿ellas?... ¡Si supieran!... ¡Si ni remotamente pudieran sospechar!... ¡Qué tentación contar el cuento maravilloso!... Pero sería demasiada crueldad para con las pobres desheredadas... ¡Callemos!... ¡Destapemos el pomo de milagrosa esencia únicamente en la soledad, cuando ellas no me vean, cuando ellas duermen... sin sueños ¡infelices! ¡Hay que tener un poco de caridad!»

Las coplas van y vienen, los pájaros bordados tienden sus alas, las marañas de encaje se hacen laberínticas, la guitarra ríe, la guitarra llora, la palmera, con el acompasado movimiento de sus verdes ramas, parece ir midiendo despacio los días largos de los años breves... La magnolia perfuma de sensual incienso la verdosa penumbra del jardín... No pasa nada... y sin embargo, hay acontecimientos que suscitan en las vidas quietas, círculos de piedra que cae en el agua.

El periódico acaso da una noticia que para muy pocos tiene sentido: «Se han inaugurado las obras de un pantano. El ingeniero X...»

El ingeniero X... tiene un nombre vulgar, que los cien mil lectores del periódico miran indiferentes... Pero ¡cómo se para de golpe, al leerle, el corazón de Sofía! Nadie recuerda—ahora que ya la luz eléctrica es cosa tan vulgar, y que sólo se oyen en la ciudad levantina quejas de lo muy mal que alumbra la cuitada—que precisamente ese ingeniero X... la trajo, cuando era novedad emocionante. Mas Sofía no olvida ni una sola noche, al dar vuelta al interruptor, el *¡Fiat lux!* de la ceremonia inaugural... Y sonríe y suspira con melancolía aún ilusionada. Y el pá-



jaro que borda aquella tarde tiene en las alas un estremecimiento...

Otro día pasa una Compañía de cómicos ambulantes, y se detiene en el Teatro Principal. Y las esquinas de la ciudad se llenan de carteles anunciadores, en los cuales campa el nombre del autor del drama en cinco actos y en verso *La Noche Embrujada*. Y ya nadie recuerda tampoco que aquel poeta vino en los días de su juventud, hace ya tantos años, á conmover el aire de la quieta ciudad con sus vibrantes «Fe, Patria y Amor». Mas Gertrudis, que de vuelta de misa lee el nombre, recuerda, y toda la sangre de sus venas se le agolpa al corazón.

¡Qué no daría ella por estar esta noche en la mejor platea del teatro, engalanada como una reina, escuchando las rimas en las cuales tal vez quede algo de la embriaguez que sus ojos negros produjeran antaño! De los aplausos con que la multitud pagará sin duda el regalo lírico, ella tomaría su parte, sutilmente, y abeja escondida en el más recóndito ramo del laurel, sacaría unas gotas de miel dulce y amarga para su secreto panal...

Mas, ¡ay!, que la pobreza es despiadada. No

tiene Gertrudis ni traje «aparente» para ir al teatro en noche de gala, ni dinero para pagar la platea de sus deseos... Y á «gallinero», con la plebe..., ¡imposible!... ¡No, y mil veces no!

Sisando un poco de la compra de la semana—ya que ella es titular del Ministerio de Abastos en el humilde hogar—, decidiéndose á tomar el café sin azúcar durante un mes entero, reúne las pesetas necesarias para comprar un ejemplar del drama, y en la noche quieta, desvelada hasta el amanecer, lee insaciablemente versos y versos, y busca en el espejo, más bien empañado de su lirismo hartó nebuloso, la imagen ó el fantasma de la vieja ilusión...

—¡Qué cara tan cansada tienes, y qué pálida estás!—observa á la mañana, con alarma, Sofía—¿Qué te ocurre? ¿Has pasado mala noche?

Gertrudis sonríe, negando... ¿Mala noche?... *La Noche Embrujada* tiene la culpa. ¡Y cuántas otras noches la vuelve á leer! Hasta que las hojas del libro, amarillas, caen como hojas del árbol en otoño...

¡Hay algunas de fragancia tan embriagante!... Hablan de ojos negros y celebran su brasa... Hablan de mar azul, sembrado por el sol de

espigas de oro... Hablan de cómo el amor germina y florece á la sombra de palmas y magnolias... ¡Esa *Noche Embrujada* es, sin duda, una noche levantina! Ciertamente, la historia de amores que el drama desenvuelve es harto truculenta para que guarde relación alguna con la silenciosa historia del amor de Gertrudis. Hay en ella celos, agravios, aceros, sorpresas, reproches, lágrimas, sangre de tragedia... Toda la violencia y todo el fuego de imaginadas aventuras con que el poeta rescata, imaginando, la prosa monótona y bien alimentada de su vida harto gris... Mas, entre líneas... En algunas líneas...

Gertrudis hace su botín de abeja enamorada en el verde laurel.

La *Niña*, Laurita, no tiene un nombre de hombre que izar como bandera de su gloria, pero es suyo todo el ancho mar, y suya toda la gloria marinera del Reino Unido de la Gran Bretaña... La escuadra inglesa, devanadera infatigable, va y viene sin cesar desde el reino de bruma á los imperios del sol. Sobre todas las crestas de todos los mares, hay navíos ingleses que, orgullosamente, las van surcando. Y Laurita, que ya supo de Historia y de leyenda, ha llegado á tener en

Geografía erudición de viejo mareante... Sabe los rumbos y los diarios; entiende de corrientes y arrecifes; la rosa de los vientos no tiene secretos para ella; ha aprendido el color y la chispa de innumerables faros, torres y atalayas... Sabe cosas tan fuera de toda femenina jurisdicción, que ciertas palabras, oídas en sus labios, suenan á ciencia oculta y geroglífica... ¡Las coplas que compone y que canta tienen, á días, sabor tan exótico!...

... Por la flor de la canela  
—en Ceilán la cortaré—;  
por la flor de la canela,  
¡juro que no te olvidé!

—Bajo la estrella polar,  
¿en qué sueñas, marinero?  
—¡En el manojo de nardos  
que ella llevaba en el pelo!...

Y así, desde los veinte de la noche de Fiesta Mayor, á los treinta y cinco de esta tarde, en que Sofía ha suspirado: «¡Ya está fantaseando esa romántica!»

Las tres doncellas, á la sombra de la magnolia, se miran en silencio... ¡Qué pesadez tan aplastante hay hoy en el aire!... ¿Tormenta? No, más bien ahogo, abrumadora melancolía tangible... ¡Cuesta tanto trabajo respirar, que parece que se tiene pena!... Las dos mayores, después de un jadeante suspiro, inclinan de nuevo la frente sobre la labor. Laurita, en pie, con su guitarra en la mano, mira intensamente á sus dos hermanas... Y ve las canas que han aparecido, tal vez un poco prematuramente, en los rizos que fueron tan negros...

«¡Qué viejas son ya!—piensa inesperadamente—¡Y qué estropeadas están!» Una oleada de misericordiosa melancolía le inunda el corazón, y pone lágrimas en sus ojos. ¡Qué estropeadas!... Es verdad; la hermosura frágil de Sofía fué de las que se marchitan aprisa; la espléndida belleza levantina de Gertrudis fué de las que maduran con demasiada rapidez. Sofía está marchita, Gertrudis demasiado opulenta... ¡Qué estropeadas!... Y ¡cómo se les ha pasado la vida!... ¡Le da tanta tristeza!... Quisiera coger las dos cabezas, sembradas de plata, y estrecharlas contra su pecho, ella, la más joven, ella, la *Niña*,

maternalmente... Y repite el estribillo acostumbrado: «¡Pobrecillas!... ¡Qué juventud tan triste!... Sin amor, sin ternura.. Yo, siquiera, he tenido mi sueño...» La criadita sale de la casa y cruza el jardín, dirigiéndose hacia las señoritas con porte precipitado y ruboroso.

—Señorita Sofía... — comienza —. Quisiera... Tengo que decirles á ustedes una cosa... Las señoritas disimularán, pero...

—¿Pero?...—interroga Sofía severamente, suponiendo que la cuitada tiene que confesar la rotura de alguna importante pieza de vajilla.

—¿Qué hay?—indaga con alarma Gertrudis, que percibe en la voz de la doméstica un temblor insólito.

—Pues hay que... ¡No se enfaden las señoritas!... Hay que... Nada, que para el mes que viene pueden disponer las señoritas de buscar criada..., porque yo me marchó...

¡Se marcha! La catástrofe no es nueva... Más de doce Carminas, Pepitas, Amparos y Marías han desfilado por la casa en aquellos veinte años. Vienen del pueblo casi niñas; las «señoritas» las desasanan...; en cuanto saben algo se van á ganar más...

—Ya—responde Sofía con dignidad—. Te vas á otra casa donde te dan más sueldo... ¡Es natural!... ¡Está bien!... ¡Buscaremos!...

—No, señora; no me voy á otra casa; que por eso nunca hubiera dejado á las señoritas, después que me han enseñado á ser mujer... Me voy porque me caso.

Con qué aterradora naturalidad ha dicho: «¡Me caso!» Ninguna de las tres señoritas acierta á responder... Pasado un instante, Laurita se serena y pregunta:

—¿El mes que viene ya? ¿Tan pronto?

—Sí, señorita. Mi Antonio ha vuelto del servicio... ¡y claro!

—¡Ah! ¿Estaba en el ejército?...

—No, señorita..., en la escuadra... ¡Como era marinero cuando cayó soldado!...

—¡Está bien, está bien!...

¡Marinero! La criadita se vuelve á la casa... ¡Marinero!... Sofía y Gertrudis vuelven á su labor... ¡Marinero!... Laurita las mira. Maquinalmente empieza á repetir: «¡Pobrecillas! ¡Qué juventud tan triste!» Pero de pronto se queda sin aliento...; algo se rompe dolorosamente dentro de su pecho... Sí, su propio sueño tiembla y se

derrumba... De golpe, todas sus apasionadas navegaciones le parecen lo que en realidad son, no fantasía de mujer enamorada, sino juguete lamentable de solterona que, vuelta á la infancia, chochea y mece ridícula y dolorosamente un muñeco de trapo desenterrado en la guardilla...

La guitarra se le cae de las manos, y al romperse las cuerdas, ¡se quejan tan destempladamente!... Sin recogerla, echa á correr hacia la casa, se esconde en su cuarto, esconde la cara en las almohadas, y llora, llora desatinadamente su vida inútil, su sueño estéril, su amor navegante de mares ilusorios...

—¡Qué viejas somos!... ¡Y cómo se nos ha pasado la vida!...

***Fin***



LA SEMANA PRÓXIMA

# Su amor

NOVELA

POR

VIRGILIO BROCCCHI

Versión castellana

de

R. CANSINOS-ASSENS

**30 CÉNTIMOS**

Una blenorragia descuidada es la ruina física del individuo. Cúrese usted mismo, discretamente, sin temor á complicaciones con

# "SALUX"

ANTIBLENORRÁGICO

Cura en 10 ó 15 días. No irrita. No mancha. No huele  
Ptas. 8 frasco con folleto explicativo



---

## ELEGANCIAS

LA GRAN REVISTA DE MODAS ES INDISPENSABLE A TODA MUJER "CHIC"

**TRES PESETAS EL EJEMPLAR**

---

*Lea usted todos los martes*

# AIRE LIBRE

*Revista deportiva*

# **Solemnidades de Homenaje á la Mujer en Cádiz**

## **EL CERTAMEN LITERARIO**

### **Relación de temas y premios**

#### POETICOS

FLOR NATURAL: Poesía con libertad de metro y asunto.

LA MADRE: Poesía con libertad de metro, y extensión máxima de cincuenta versos.—*Premio de S. A. R. el Infante D. Carlos de Borbón, capitán general de Andalucía.*

LA HERMANA DE LA CARIDAD: Soneto.—*Premio del ilustrísimo señor Obispo de Cádiz.*

LA DAMA DE LA CRUZ ROJA: Poesía con libertad de metro, y extensión máxima de treinta versos.—*Premio de la Asamblea local de la Cruz Roja.*

LA OBRERA: Soneto.—*Premio de «El Noticiero Gaditano».*

ISABEL LA CATÓLICA: Poesía con libertad de metro y extensión. — *Premio de la Real Academia Hispano-Americana.*

LA MUJER ARTISTA: Poesía con libertad de metro y extensión.—*Premio del ilustrísimo señor Delegado Regio de Bellas Artes.*

CANCIONERO POPULAR DE LA MUJER: Colección de coplas populares referentes á la mujer, que puede estar compuesta de coplas originales del autor, ó recogidas del pueblo, ó bien por ambas clases, anotando en este caso y al pie de las mismas cuales sean originales.—*Premio en metálico del Círculo de Artes y Letras.*

## MUSICALES

COLECCIÓN DE CANTOS POPULARES, ARMONIZADOS PARA PIANO.—*Premio del señor Presidente de la Real Academia Filarmónica de Santa Cecilia.*

MELODÍA DE CARÁCTER ESPAÑOL, PARA SOPRANO Y ORQUESTA, Y LETRA RELACIONADA CON LA MUJER: Reducción de la misma melodía, para canto y piano.—*Premio de la Comisión organizadora.*

## EN PROSA

MISIÓN EDUCADORA DE LA MUJER EN EL HOGAR.—*Premio del señor Alcalde de Cádiz.*

EL DERECHO DE SUFRAGIO OTORGADO POR LA LEY ESPAÑOLA Á LAS MUJERES.—*Premio del señor Presidente de la Diputación Provincial.*

JUICIO DE LAS OBRAS DE SANTA TERESA DE JESÚS.—*Premio del señor Gobernador militar de la provincia y plaza de Cádiz.*

ESTUDIO SOBRE LA INFLUENCIA DE LAS TEORÍAS PENALES DE CONCEPCIÓN ARENAL EN LA CORRECCIÓN DE LOS DELINCUENTES.—*Premio del señor Presidente de la Audiencia provincial de Cádiz.*

CRÓNICA PERIODÍSTICA INÉDITA SOBRE UN ASUNTO DE ACTUALIDAD.—*Premio, al que no pueden optar más que escritoras, otorgado por el «Diario de Cádiz».*

LA MUJER ANTE LA HISTORIA (conferencia con

proyecciones). — *Premio* (quinientas pesetas en metálico, ó un objeto de ese valor, según mejor desee el premiado), concedido *por el señor Presidente de la Real Academia de Bellas Artes*.

NOVELAS DE AUTOR FEMENINO. — *Premios de Prensa Gráfica*: Uno de quinientas pesetas, otro de trescientas y otro de doscientas. Las novelas han de ser necesariamente inéditas y originales de escritoras españolas. Su carácter será esencialmente novelesco. Sus dimensiones, de cuarenta á cincuenta cuartillas, escritas con máquina. El Jurado elegirá de entre los trabajos que se presenten para este tema los tres que estime dignos de premio y hará de la propuesta traslado á la dirección de *La Novela Semanal*, la cual, de entre las tres, elegirá cuál sea la premiada en primer lugar, cuál en segundo y cuál en tercero. Los tres trabajos serán publicados en *La Novela Semanal* en las fechas que *La Novela* determine, pero comprometiéndose á hacerlo dentro de los seis meses siguientes á la fecha del fallo.

## CONDICIONES GENERALES

1.º Los trabajos correspondientes á la sección «En Prosa» tendrán carácter apropiado para conferencias, con una extensión máxima de cuarenta cuartillas, escritas con segundo espacio de máquina, y por una sola cara. (Se exceptúa el tema «La Mujer ante la Historia», al que se deja libertad de dimensiones.)

2.º Los trabajos deberán ser entregados antes de que termine el día 15 de Julio del corriente año de 1925.

3.º Deberán remitirse en sobres cerrados, dirigidos al señor *Catedrático de Literatura del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza. Cádiz*.

4.º Cada trabajo lo encabezará un lema, y con

cada envío vendrá otro sobre titulado con idéntico lema, dentro del cual expresaráse el nombre y domicilio del autor del trabajo.

5.º Hasta el 31 de Agosto, los autores de los trabajos no premiados podrán recogerlos, previa las justificaciones convenientes.

6.º Los nombres correspondientes al Jurado de cada tema no serán dados á conocer hasta después de emitidos los fallos.

Cádiz, 15 de Mayo de 1925.

LA COMISIÓN ORGANIZADORA: *Demetrio Nalda, Agustín de la Huerta, José María Pemán, Federico Joly, Luis Wiesenthal, Antonio Milego, Ignacio Chilia, Ramón Dolarea, Antonio Garrachón.*



# UNA VERDADERA BIBLIOTECA DE NOVELAS ADMIRABLES

Desde el 25 de Junio de 1921, en que apareció el primer número de LA NOVELA SEMANAL, ha ido publicando esta revista una serie de novelas admirables. Basta examinar el índice de títulos y autores para comprender cómo esta colección magnífica reúne los más importantes de la producción de tan difícil género literario y cómo los lectores que quieran poseer con poco gasto una selección novelesca de primer orden; habrán de elegir entre nuestra interesantísima serie de narraciones españolas y extranjeras. A continuación damos una lista de las obras publicadas hasta la fecha, clasificándolas por orden alfabético de autores y haciendo constar el número de orden correspondiente. Cada ejemplar de LA NOVELA SEMANAL, sea de la fecha que fuere, puede ser adquirido al precio de *treinta céntimos* el número corriente y *cincuenta céntimos* el número extraordinario, solicitándolos directamente en nuestra administración.

## AUTORES ESPAÑOLES E HISPANOAMERICANOS

- FRANCISCO ACEBAL.—*Penumbra* (núm. 152).  
 GABRIEL ALOMAR.—*El sorbo del heroísmo* (91).  
 «ANDRENO».—*El talismán de Napoleón* (47).  
 LUIS ANTÓN DEL OLMET.—*La diablesa* (20), *El noventa y ocho* (54), *El nido del Amor y de la Muerte* (86).  
 JOAQUÍN BELDA.—*Un viaje en el «Metro»* (7), *122-228 de Jordán* (37) *En el pasillo* (60).  
 RUFINO BLANCO-FOMBONA.—*Crispulo y su enamorada* (151).  
 VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—*Puesta de sol* (1).  
 EDUARDO BARRIOBERO Y HERRÁN.—*María ó la hija de otro jornalero* (35).  
 LUIS BELLO.—*Historia cómica de un pez chico* (21).  
 TOMÁS BORRÁS.—*La doncella de la risa y el llanto* (13), *La mujer de sal* (45), *Trasmundo* (115).  
 MANUEL BUENO.—*El mártir* (111), *Historia breve de un breve amor* (134), *La ciudad del milagro* (159), *Frente á frente* (184).  
 CARMEN DE BURGOS «COLOMBINE».—*El artículo 438* (15), *El extranjero* (94), *El anhelo* (106), *La melena de la discordia* (193).  
 «EL CABALLERO AUDAZ».—*La venganza del recuerdo* (2), *La paz del camino* (30), *El héroe de la Legión* (extraordinario), *Los celos viven* (147).  
 FRANCISCO CAMBA.—*Mimi Magdalena* (156).

- RAFAEL CANSINOS-ASSENS.—*La novia escamoteada* (24), *El último trofeo* (74), *Ancilla Domini* (110), *La prenda del amor* (166).
- LUIS CÁNOVAS.—*El fiscal* (73).
- E. CARRASQUILLA MALLARINO.—*La Virgen salvaje* (53).
- EMILIO CARRERE.—*La conversión de Florestán* (6), *La mala pasión* (34), *Las inquietudes de Blanca Emeria* (67), *La última noche del capitán Martín Avila* (79), *Jerónimo Expósito* (133), *Rata de hotel* (160), *La estela de Don Juan* (178), *El sacrificio* (extraordinario), *La dolora del burlador* (extraordinario).
- SOFÍA CASANOVA.—*Princesa rusa* (55), *Kola, el bandido* (101).
- VICENTE CASANOVA.—*La toga del reo* (104).
- CLARÍN.—*Pipá* (194).
- CRISTÓBAL DE CASTRO.—*Mujeres solas* (11), *La hija de Cromwell* (41), *Cú-Cú* (84), *Otelo y su mono* (127), *La gacela negra* (154), *Los emboscados* (180), *Jandra y el cosaco* (extraordinario).
- ANTONIO CASERO.—*La chica de la Arganzuela* (23), *A orillas del Manzanares* (57).
- ENRIQUE CONTRERAS Y CAMARGO.—*Culpa en la sombra* (62).
- AUGUSTO D'HALMAR.—*Mi otro yo* (157).
- GUILLERMO DÍAZ-CANEJA.—*El romántico de aldea* (46), *No me quieras tanto* (102), *El cinico encumbrado* (112), *Celos mal reprimidos* (136).
- VICENTE DÍEZ DE TEJADA.—*Roto el encanto* (22), *La manzana podrida* (65), *Los comedores de agraz* (83).
- EUGENIO D'ORS.—*El sueño es vida* (52).
- CONCHA ESPINA.—*Cumbres al sol* (28), *El secreto de un disfraz* (145), *El príncipe del cantar* (extraordinario).
- LUIS FERNÁNDEZ ARDAVÍN.—*La honrada casa de los Crespo* (107).
- WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ.—*Aire de muerto* (9), *La familia Gomar* (51).
- JUAN FERRAGUT.—*El desquite del alma* (32), *La piel maldita* (137), *La misma sangre* (extraordinario).
- JOSÉ FRANCÉS.—*La sirvienta* (5), *La voluntad de los otros* (44), *Detrás de la Cruz* (76), *La extraña pareja* (99), *La cadena* (113), *Piedra en torrente* (135), *Rostros en la sombra* (164), *El demonio secreto* (195), *El admirador* (extraordinario).
- MANUEL GÁLVEZ.—*Pequeña sinfonía en blanco y negro* (171).
- FEDERICO GARCÍA SANCHIZ.—*Prólogo y epílogo* (105), *Más secretos de Venecia* (187).
- E. GUTIÉRREZ GAMERO.—*El loro mudo* (98).
- ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.—*El Evangelio del Amor* (83).
- GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA.—*De lejos* (88).
- RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.—*La otra raza* (123).
- ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.—*El fado del Paço d'Arcos* (33), *Españolitas de Lisboa* (100), *La juerga triste* (126).
- ALBERTO GHIRALDO.—*La infancia del apóstol Salvadorito* (175).
- ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ.—*El drama de la señorita Occidente* (12), *El gigante* (53), *Bajo la luz* (95), *El sembrador de sal* (120), *Girasol* (149), *Piedras preciosas* (174).
- ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.—*El café de camareras* (4), *El pobre fenómeno* (50), *La argolla* (80), *En hombros y por la puerta grande* (158), *La sangre del hijo* (176), *Bajo el sol enemigo* (extraordinario), *Leción de cosas* (extraordinario).



- ALBERTO INSÚA.—*La hiel* (8), *La mujer y la muñeca* (49).
- ALEJANDRO LARRUBIERA.—*El hechizo de la farándula* (77), *El espejo en tinieblas* (121), *En la noche milagrosa* (191).
- MANUEL F. LASSO DE LA VEGA.—*El hermano* (85).
- ANTONIO DE LEZAMA.—*Los caballeros de Alcántara* (extraordinario).
- RAFAEL LÓPEZ DE HARO.—*La monja de cera* (13), *La duquesa Oñidia* (48), *La suprema ley* (64), *Flores del dancing* (172).
- JUAN J. LORENTE.—*La mascota rubia* (87), *La musa de fuego* (117), *Corazón aventurero* (132).
- MANUEL LINARES RIVAS.—*El hombre que lo sabía todo* (19).
- ANTONIO G. DE LINARES.—*La modelo de Eva Sonemberg* (58).
- EDUARDO MARQUINA.—*El alma de Sixto* (17), *La casa cerrada* (69), *Un niño malo* (122), *La flecha perdida* (extraordinario).
- GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.—*Cada uno y su vida* (139).
- AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA.—*Luz de ocaso* (27), *Expiación* (75), *La señora de Ancedo* (97), *No era él* (125).
- PEDRO MATA.—*Lo que está de Dios* (36).
- CARLOS MICÓ.—*Lupo, sargento* (extraordinario).
- GABRIEL MIRÓ.—*Señorita y sor* (143).
- ROBERTO MOLINA.—*Las mismas palabras* (56).
- FERNANDO MORA.—*Los hijos no son una propiedad* (82).
- CARLOS MARÍA OCANTOS.—*La viuda* (190).
- JOSÉ ORTEGA MUNILLA.—*La niña de México* (16).
- JOSÉ ORTIZ DE PINEDO.—*Rosarito* (70).
- ARMANDO PALACIO VALDÉS.—*El saladero* (109).
- RAMÓN PÉREZ DE AYALA.—*Cuarto menguante* (14), *El ombligo del mundo* (42).
- JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.—*La viuda de Perrín* (21).
- EMILIANO RAMÍREZ ANGEL.—*Las noches del trópico* (89), *Un año de amor* (124), *Anda que te anda* (168).
- ALVARO RETANA.—*El escapulario* (40).
- CEFERINO RODRÍGUEZ AVECILLA.—*Margot quiere ser honrada* (68).
- JOAQUÍN ROMERO MARCHÉN.—*Vidas rotas* (103).
- MARIO ROSO DE LUNA.—*En suspensión de pagos* (181).
- JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA.—*Las pupilas acusadoras* (118), *Final de drama* (131), *El amor en transatlántico* (162).
- DIEGO SAN JOSÉ.—*La espada del Duque de Alba* (25), *De capellán á guerrillero* (78), *Buena boda* (93), *El diablo á las puertas del cielo* (108), *El «pájaro» suelto* (130), *El azotado* (192).
- FELIPE SASSONE.—*Ladrón de vida y de amor* (10), *23 encarnado, impar y pasa* (71).
- ANTONIO DE TRUEBA.—*El Judas de la casa* (188).
- ALBERTO VALERO MARTÍN.—*La novia del estudiante* (39), *Rosa María* (61), *La amante del presidiario* (92), *Por el amor de una enferma* (116), *Los bebedores de sangre* (128).
- RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN.—*La rosa de papel y La cabeza del Bautista* (141), *Cartel de feria* (183).
- ALFONSO VIDAL Y PLANAS.—*La camisa fatal* (96).
- SANTIAGO VINARDELL.—*El mártir* (90).
- EDUARDO ZAMACOIS.—*Memorias de un vagón de ferrocarril* (3), *Una buena acción* (26), *Horas locas* (extraordinario), *El marido no quiere* (81), *Sobre el mar* (119).

ANTONIO ZOZAYA.—*Miopita* (31), *Los instintos* (extraordinario) *Maritín* (114), *Los amores muertos* (170).  
HUGO WAST.—*Sangre en el umbral* (165).

## AUTORES EXTRANJEROS

NORBERTO DE ARAUJO (portugués).—*El loco de las estampas* (150).  
GILBERTO BECCARI.—*Iberá* (185).  
ANTONIO BELTRAMELLI.—*El alma de la casona* (161).  
RENÉ BIZET.—*Una vez en un hotel...* (163).  
LUIGI CALLARI.—*Villa lontana* (173).  
JACQUES CAZZOTTE.—*El diablo enamorado* (129).  
SOUSA COSTA.—*Cómo se hace un ladrón* (155).  
MAX DAIREAUX.—*La extraña pasión* (148).  
GRAZIA DELEDDA.—*El novio desaparecido* (146).  
CHARLES DERENNES y AIMÉ GRAFFIGNE.—*Un hombre de pocas palabras* (169).  
WILLY DENCKER.—*El confidente* (177).  
CHARLES GENIAUX.—*Mansión de eternidad* (155).  
MÁXIMO GORKI.—*La vieja Izerguil* (138).  
ROCHA MARTINS.—*El glorioso abuelo* (144).  
FRANCIS DE MIOMANDRE.—*El hijo pródigo y su padre* (142).  
ROBERTO PALMAROCHI.—*Buena gente* (179).  
GASTON PICARD.—*El encargado de equipajes* (189).  
MARIO PUCCINI.—*Herrumbre* (extraordinario).  
AQUILINO RIBEIRO.—*El hombre que mató al diablo* (167).

Todos los originales que publica LA NOVELA SEMANAL son rigurosamente inéditos y escritos expresamente para esta revista, excepto los pertenecientes a la serie *Los maestros de la novela española en el siglo XIX*, que, como su título indica, son escrupulosas reediciones de obras de autores ya fallecidos.

Las traducciones de novelas extranjeras se encomiendan á ilustres escritores españoles de merecido prestigio como novelistas.

Cada novela va precedida de un completo estudio biográfico-crítico ó de opiniones de insignes escritores acerca del autor, que contribuyen á divulgar su personalidad.

Las cubiertas á todo color y las ilustraciones de la serie *Los maestros del siglo XIX*, son originales de los ilustres dibujantes Bartolozzi, Manchón, Bujados, Ribas, Baldrich, Sancho, Benet, Igual Ruiz, Sáez de Tejada, Escribá, Durias, Ramos, Martín Durbán, etc., etc.

En LA NOVELA SEMANAL se dará cuenta de todo libro recién publicado y del cual se remitan dos ejemplares á la Dirección.

LA NOVELA SEMANAL se publica los sábados, y se vende en toda España al precio de TREINTA CENTIMOS ejemplar.

LA NOVELA SEMANAL es la primera revista de su género que ha incorporado al grupo de sus colaboradores españoles la importante colaboración de los novelistas hispanoamericanos.



R

8110

Gobierno de  La Rioja  
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



\*10000329731\*

La Es

Mundo

Gráfico

Eleganc